





# Para Leer a Paul Johnson



**P**aul Johnson, una especie de prosaico para el estrado académico británico, un verdadero patán si se acepta el juicio de los historiadores profesionales de su país y de muchos otros, es la clase de autor que jamás ameritaría el pomposo título que lleva esta nota. Por eso mismo lo escogimos, para aumentar el contraste entre el estilo de este narrador con los exquisitos delirios de poder de la historiografía que tiene origen a la primera publicación de la serie "para leer" otro libro.

La moda comenzó con "Para leer el Capital" de María Hamecker y continuó, aunque parece broma, con un "Para leer el Pato Donald", de otro autor progresista de los 60. En ambas obras la superación marxista en boca y sus coqueños con el estructuralismo, o vice versa, situaron esa etapa de estereotipos dogmáticos en la cual la investigación ha sido reemplazada por la exigencia y la exposición clara y ordenada por la pregunta insalvable de los mitólogos. En ambos casos era una etapa fácil de alcanzar; desde un principio el marxismo investigó, pensó y escribió más que de ciencia o de hipótesis. A pesar o por eso mismo, las minorías del período y desde luego los autores de esas obras se obtuvieron en crear que estaban haciendo ciencia, ciencia histórica, materialismo histórico o base de materialismo dialéctico.

Pocos entendieron esos abrumadores mamelucos. Posiblemente no fueron escritos para ser entendidos, sino para revivir lo que el autor dictaminaba que uno no entendía. Eran interpretaciones cabalísticas de lo que "realmente" había querido decir Karl Marx y de lo que realmente quería decir el pato Donald. Por eso inevitablemente fueron ejercicios de verbalismo en la peor tradición hegeliana, "trastufo" más que libros y proposiciones hermenéuticas más que científicas.

Probablemente el llamado materialismo histórico -a menudo más bien historicismo, o sea recuerdo a sus portavoces- no era ni nunca fue una ciencia, a lo cual debe agregarse que la historia parece no ser

ciencia, ni siquiera, en abstracto, algo no aprehendido. Karl Popper ("La Misericordia del Historicismo") desestimó ya hace siglos esa pretensión con argumentos contundentes. La ciencia busca lo general, lo que se repite en lo diverso; la historia es la indagación de un fenómeno como tal, no de lo general que haya en el seno de lo específico que lo particulariza.

El buen historiador no es, por tanto, el que especula a cada instante para explicar las supuestas leyes de la historia universal, sino el que mejor recoge y usa los datos disponibles para dar el más sólido y verosímil recuento de los caducos linajes de causas y efectos que dieron lugar a ciertos acontecimientos. ¿Y el gran historiador? El gran historiador de un país es más crucial: no sólo hace lo anterior, sino que presenta esas secuencias de modo más sugestivo, más iluminador, más revelador, más significativo. Convierte un esquema causal en un ser vivo.

Lograrlo no es meramente cuestión de cómo se organiza el material, sino de ritmo de pulso, de vivacidad en la narración. Y ahí está precisamente el mérito de Johnson. Recogiendo una tradición de historiografía británica que se remonta a Edward Gibbons y continúa con George Macaulay Trevelyan, por nombrar sólo a sus dos cumbres más altas, Johnson suministra vida a su trabajo y por consiguiente otorga sentido a los hechos, proporcionando secuencias dramáticamente presentadas de acontecimientos donde vemos los actos

de individuos, grupos o clases, generando consecuencias, no categorías abstractas generadas automáticamente ciertos resultados.

¿Cómo es posible que un simple escritor, que un hombre sin formación académica pueda parangenerse -aunque no necesariamente a la misma altura con esas enseñanzas? Tal vez por lo mismo: Johnson, está históricamente frito, de los reflejos conferenciados del historiador profesional, es especial de esa permanente atención que sostiene a muchos por proyectar una apariencia de claridad habiendo de la historia un archivo de cifras, estadísticas, presuntas leyes y los hechos que las gobiernan, luchar a estas alturas. La mayor parte de los historiadores académicos, convencidos con razón de las carencias de la historia puramente política y narrativa previa al siglo XIX, se han ido precavido desde esa época en adentrarse al sitio exterior y cotidiano, su oficio, cuya sustancia es tiempo y movimiento, drama y acción, en estadísticas recurrentes de cifras, pedantescas posturas de leyes. La sociología contagió a demasados historiadores con sus propias metáforas y métodos, a veces ya no les bastó verlo, quisieron ser técnicos, proponer grandes leyes, hacer filosofía. De ahí Tilly, Spengler y todos los demás.

Johnson, que no desestima los hallazgos y conceptos de la sociología, la economía o la demografía, nunca olvida que la esencia de la historia consiste en la ac-

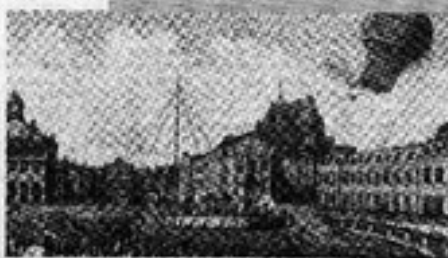
tuación de los hombres en circunstancias que permiten muy diversos cursos de acción, episodios imprevistos y hasta accidentes y casualidades forman la trama real de la historia; no archivan leyes invariables. No fueron las malas condiciones, el despojo, el hambre del antiguo régimen o la presión de la burguesía como clase progresista, sino los hombres que reaccionaron a ellas y otros muchos fenómenos, y los que reaccionaron a la reacción de los primeros quienes, en conjunto, de modos accidentales que bien pudieron ser muy distintos, propusieron la revolución francesa.

Johnson está surtido de hechos inditos y difícilmente al recordado como un creador de nuevas ciencias ni tampoco como un revolucionario en la interpretación. Pero sabe presentar su material para no perder nunca el ritmo del acontecer, no olvida que el ritmo la mitad de la eficacia de un acto de conocimiento consiste en la capacidad de quien lo ofrece por suscitar el interés del que lo recibe. Sabe, por tanto, que a veces un episodio causalmente insignificante es esencial si permite sentir la totalidad, a veces, la fragancia de una época. En eso, Johnson ha captado bien la esencia de la historia y a veces sin prejuicios. En su mejor obra, "El nacimiento del Mundo Moderno", la lleva hasta su perfección: no sólo presenta las declaraciones de los líderes sino las pequeñas voces de gentes sin importancia, no sólo los grandes inventos, sino también las pequeñas y habitualmente olvidadas transformaciones que van dando su sello a un período. Las guerras pero también los espectáculos, las modas, las locuras, los pactos pero también las centes de conocidos y desconocidos, diarios de vida, novelas, los titulares de las páginas. Es de ese modo que lo que presentó como episodio lejano de vida, presente, palpable, verdadero.

Pero, ¿es verdadero? ¿Acienta a la verdad?

Pregunta imposible de contestar. Al menos, Johnson suele ser muy verosímil. ¿No es eso bastante en un campo como la historia, donde todo se desvanece entre los dedos apenas se aprehende?

FVG



## Para leer a Paul Johnson. [artículo]

Libros y documentos

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1994

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Para leer a Paul Johnson. [artículo]

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile